

TRADUCCIÓN

VEINTICINCO POR CUATRO SON CIENTO CINCUENTA

Autor
OMPRAKASH VALMIKI

Traducción de
UMA THUKRAL KAPOOR
y JESÚS FRANCISCO CHAIREZ GARZA

En India, las prácticas de discriminación ocasionadas por la intocabilidad se fundan en la creencia de que algunos humanos son impuros por nacimiento y deben ser separados del resto de la sociedad para evitar cualquier tipo de contacto contaminante. Las víctimas de esta práctica generalmente son conocidas como intocables o *dalits* (literalmente, oprimidos). A pesar de que la Constitución india de 1950 abolió la intocabilidad, las prácticas de exclusión y el ostracismo social siguen existiendo hasta hoy.

Una forma en la que los miembros de las comunidades intocables han buscado erradicar la discriminación ha sido la denuncia literaria. Aun cuando la narración de los abusos en contra de los intocables no es nueva y ya había sido abordada por autores indios como Premchand, la literatura *dalit* se distingue por retratar la vida de los intocables con una voz auténticamente *dalit*. Esta voz ha despertado la conciencia en esta clase, mejor conocida como *Dalit Chetnā* (conciencia *dalit*), de lo cual ha surgido un género o movimiento literario más en la India contemporánea, llamado *dalit sābhitya* (literatura *dalit*).

El mensaje de este tipo de obras trasciende las barreras lingüísticas de una población vasta y heterogénea, pues la literatura *dalit* puede encontrarse en numerosos idiomas indios como

hindi, marathi y tamil, entre otros. Si bien los contenidos y las formas de la literatura *dalit* pueden ser diversos, el elemento principal para considerar una obra como literatura *dalit*, tiene que ver con la procedencia de los autores. Algunas revistas literarias indias, publicadas en hindi, como *Hans*,¹ *Nayā Gyāno-daya*,² han discutido ampliamente quién puede considerarse un verdadero escritor *dalit*. Parece haber un consenso de que únicamente aquellos individuos que nacieron como *dalits* pueden transmitir los sentimientos y las verdaderas experiencias de las condiciones miserables enfrentadas por esta comunidad. Así, incluso autores como Premchand, quien a principios del siglo xx, escribió tanto en urdu como en hindi diversos cuentos acerca del sufrimiento experimentado por los intocables como *Kafan*, *Thākur kā Kuām*, *Pūs kī Rāt*, *Dūdha kā Dām*, todavía no son apreciados hoy, a comienzos del siglo xxi, por los literatos *dalits* ya que no nacieron bajo el estigma de la intocabilidad.³

Omprakash Valmiki, uno de los autores contemporáneos *dalits* más talentosos que escriben en hindi y uno de los más severos críticos de Premchand, también es famoso por sus obras como *Dalit Sāhitya kā Saundaryashāstra*⁴ (Estética de la literatura *dalit*). Si bien es cierto que su obra más conocida es su autobiografía titulada *Joothan*,⁵ en el cuento “Veinticinco por cuatro son ciento cincuenta”, parte de la antología de cuentos titulada *Salām*,⁶ Valmiki abre una ventana para que el lector pueda percibir la discriminación, los sentimientos y los conflictos internos que experimenta un joven intocable de la casta *chūbhā*⁷ durante su vida estudiantil. Aun cuando “Veinticinco por cuatro

¹ *Revista mensual*, Nueva Delhi, Akshar Prakasha Private Limited, enero de 2001, pp. 28-35; enero 2007, pp. 4-8; febrero de 2007, pp. 98-99.

² *Revista mensual*, Nueva Delhi, Bhartiya Jnapitha, enero de 2007, pp. 53-54.

³ Laura R. Brueck, *Dalit chetna in Dalit literary criticism*, <http://www.india-seminar.com/2006/558/558%20laura%20r.%20brueck.htm>, pp. 4-6.

⁴ Nueva Delhi, Rhadhakrishan Prakashan Private Limited, 2001.

⁵ Nueva Delhi, Rhadhakrishan Prakashan Private Limited (original en hindi), 1999; y (traducción al inglés) Nueva York, Columbia University Press, 2003.

⁶ Valmiki, Omprakash, *Salām*, “Antología de cuentos”, Nueva Delhi, Radhakrishna Prakashan Private Limited, 2000.

⁷ Casta cuya labor es limpiar letrinas y cañerías, también llamada *bhaṅgī*, *mehatar* y *jamādar*. El día de hoy, la gente de esta casta prefiere llamarse *vālmiki*, (ya adoptado como apellido por esa comunidad) debido a la creencia de que son descendientes del

son ciento cincuenta” fue publicado en el año 2000, el marco temporal y espacial del cuento parece deliberadamente vago, de manera que cualquier persona familiarizada o no con el contexto indio pueda identificarse con el personaje y con las injusticias que éste vive. Además de ofrecer una historia cautivadora, el gran mérito de “Veinticinco por cuatro son ciento cincuenta” radica en las preguntas que el cuento siembra en la mente de los lectores; cuestionamientos que no sólo causan inconformidad ante la discriminación sufrida por los intocables sino que, inevitablemente, ponen en perspectiva la posición social y personal en el entorno de cada lector.

rishi y gran poeta Valmiki, quien escribió la célebre epopeya *Ramayana*, que data del siglo IV a. C., en sánscrito (N. de la T.)

VEINTICINCO POR CUATRO SON CIENTO CINCUENTA

Cuando Sudip tuvo en sus manos el dinero de su primer sueldo, la profunda oscuridad de sus carencias se iluminó con la luz de la esperanza. La felicidad que lo desbordaba sólo llegó después de transitar un camino de dificultades plagado de arbustos espinosos. Apretaba fuertemente el dinero en su mano y el calor de los billetes penetraba su cuerpo. Era la primera vez que veía tanto dinero junto.

Aunque Sudip quería vivir su presente, el fantasma del pasado no dejaba de perseguirlo. Y se debatía entre su ayer y su hoy. Las carencias intentaban engañarlo a cada paso, pero él había sabido protegerse de ellas. Por eso, este trabajo insignificante le resultaba de gran importancia.

En un trabajo nuevo es difícil tener vacaciones y él apenas tenía días libres. Debía trabajar extra los domingos para recibir en compensación dos días de descanso. Quería compartir con sus padres la alegría de su primera paga.

Sudip no podía llenar el abismo que había entre sus tiempos en la escuela, el trabajo y su condición económica. Sin embargo, lo que había en este abismo le brindaba consuelo y aliviaba un poco su dolor. Al compartir los momentos de alegría, ésta se duplica. En espera de este día, Sudip había recorrido un largo viaje en el que no había diferencia entre el día y la noche, ni entre la dignidad y la humillación.

Tardaba de dos a dos y media horas en llegar de la ciudad al pueblo. Por eso salió de madrugada y, tan pronto llegó a la central, encontró el autobús que lo llevaría. El autobús iba lleno y con dificultad encontró un asiento.

El ayudante del conductor le gritaba a un pasajero:

—¡Levanta este equipaje, súbelo al techo, está bloqueando el pasillo! ¿De quién son todas estas cosas? —decía en voz alta y estridente.

Un campesino de aspecto flaco y débil respondió con voz humilde:

—Son mías, señor.

—Después de medir al pasajero, el conductor le dijo casi riendo:

—Si son tuyas, llévalas contigo. ¿Por qué dejas todo tirado en el pasillo? Levántalas, ¡ya! —El campesino imploró débilmente, con una voz apenas perceptible:

—Patrón, no voy muy lejos, por favor...

Cuando Sudip veía a alguien suplicando de esa manera, siempre le venía a la mente la imagen de su padre y sentía que cada articulación de su cuerpo se quebraba. Era como si lo cor-taran lentamente con un serrucho.

Observó al ayudante del conductor. Su enorme panza casi le desbordaba la ropa; su cara parecía la de un jabalí y los dientes teñidos de rojo, de tanto masticar *pān*,⁸ acentuaban aún más la belleza de semejante bestia. Sudip sintió como si un jabalí se hubiera metido entre la multitud del autobús. Asustado volteó a ver al pasajero de al lado, que estaba perdido en sus pensamientos, indiferente a los hechos. Después miró nuevamente al campesino, que todavía no salía de su estupor.

La imagen de su padre comenzó a encarnar en la mente de Sudip: el recuerdo del día en que lo llevó a inscribirse a la escuela tocó la puerta de su memoria. Ningún niño de su barrio iba a la escuela. Quién sabe cómo se le ocurrió a su padre que él asistiera a clases, pues a nadie en el barrio le importaba la educación.

Su padre caminaba con pasos largos y Sudip iba corriendo para alcanzarlo. Vestía una camisa sucia y un calzón a rayas que continuamente se le caía al caminar.

Al llegar al pasillo de la escuela, el paso decidido del padre titubeó por un momento. Caminando lentamente, se asomaba de salón en salón. En los salones oscuros había niños estudiando, mientras que los maestros fumaban *bīrī*⁹ o dormitaban, sentados en cuclillas sobre las sillas. El padre buscaba al maestro Phulsingh. Después de asomarse en dos o tres salones, se dirigió

⁸ *pān* es una mezcla de nuez de la palma betel (*Areca catechu*), pasta de la cal apagada y pasta de corteza del árbol de *katthā* o Catchu (que produce el color rojizo) envuelta en una hoja de la planta *Piper betel*. Para la gente adicta al tabaco, se pueden añadir hojas de tabaco. El *pān* es un estimulante (N. de la T.)

⁹ *bīrī* es el nombre para los cigarrillos tradicionales de India. Se diferencian de los cigarrillos occidentales en que no contienen químicos y están enrollados en una hoja llamada *tendu*, que generalmente les agrega sabor (N. de la T.)

a uno más pequeño. Era todavía más oscuro que los otros. Allí sentado, solo, fumando un *bīrī*, hallaron al maestro Phulsingh. Al verlos en la puerta, se levantó y se aproximó a ellos. Con gran humildad, el papá le imploró:

—Señor maestro, tenga piedad de este niño. Si aprende dos palabras gracias a su bondad, será un hombre de bien. Y la vida de nuestra familia también mejorará.

Sudip nunca podría olvidar la imagen de su padre en ese momento: las manos juntas frente a su pecho y el cuerpo inclinado con gesto de súplica y reverencia. Tomando el *bīrī* entre los dedos pulgar e índice, Phulsingh arrojó la colilla y los llevó a la oficina del director.

Sudip quedó inscrito. El padre estaba feliz, extasiado, aunque incluso en su felicidad se traslucía un tono suplicante. No cesaba de agradecer y saludar al maestro Phulsingh, agachándose con una humildad excesiva.

El autobús iba despacio y traqueteando. Adentro, la gente lo inundaba con el humo de cigarrillo, como si todas sus preocupaciones pudieran desvanecerse en la nube de humo. Sudip abrió un poco la ventana y lentamente entró una brisa de aire refrescante.

Una a una evocó las memorias de los días de escuela. Al llegar al segundo grado, ya lo consideraban entre los buenos alumnos. A pesar de todas las presiones sociales y la discriminación que sufría por su casta, él asistía a la escuela decidido. Iba bien en todas las materias, y le gustaban mucho las matemáticas.

El maestro Shibanmarayan Mishra pidió a los alumnos de cuarto grado que se aprendieran las tablas de multiplicar del dos hasta el quince. Sin embargo, Sudip ya sabía las tablas hasta el veinticuatro. El maestro Shibanmarayan Mishra lo felicitó y le pidió que aprendiera las tablas hasta la del veinticinco.

Al regresar de la escuela, Sudip se puso a estudiar la tabla del veinticinco. Para memorizarla, repetía en voz alta: “veinticinco por uno: veinticinco; veinticinco por dos: cincuenta; veinticinco por tres: setenta y cinco; veinticinco por cuatro: ciento...”

En ese momento su padre regresó, agotado. Un gesto de satisfacción apareció en su rostro al ver que su hijo memorizaba la tabla del veinticinco. Olvidándose de su cansancio se sentó junto a Sudip. Aunque no sabía contar más allá del veinte, la ta-

bla del veinticinco era un parteaguas que había marcado su vida. Él contaba este incidente siempre que podía y, cada vez que lo repetía, su cara brillaba con una fe exultante.

Sudip repetía la tabla, pero cuando llegó a veinticinco por cuatro, su padre lo interrumpió con mucha seguridad:

—No, hijo, veinticinco por cuatro no son cien ¡veinticinco por cuatro son ciento cincuenta!

Sudip lo miró sorprendido y trató de explicarle.

—No, papá, veinticinco por cuatro son cien. Vea, está escrito en este libro de matemáticas.

—Para qué me enseñas el libro, yo ni siquiera conozco las letras. Para mí las letras sólo son manchas negras —respondió el papá sencillamente—. Aun así, estoy seguro de que veinticinco por cuatro son ciento cincuenta.

—El libro lo dice muy claro, veinticinco por cuatro son cien... —señaló Sudip inocentemente.

—Tu libro puede tener un error... ¿A poco alguien tan respetado como Chaudhari¹⁰ va a mentir? Lo que él diga tiene más peso que tu libro. Él tiene varios libros así de grandes... Tu director también le toca los pies¹¹ a Chaudhari. Entonces, dime, ¿crees que él va a estar mal? Dile a tu maestro que enseñe bien —le dijo su papá ya un poco irritado.

—Papá, el libro no está mal escrito... —insistió Sudip con voz quebradiza.

—Todavía eres un niño. ¡Tú qué sabes de la vida! Hace diez años, antes de que nacieras, tu mamá se enfermó. No teníamos esperanzas de que se salvara pero la llevamos con el médico más famoso de la ciudad. Y Chaudhari pagó todos los gastos. Pagó con un billete de cien, así de largo, de color azulito. Incluyendo los honorarios del médico, la medicina... En total, eran cien rupias de la cuenta.

Después de cuatro meses, cuando tu mamá se recuperó y empezó a moverse, me fui a la mansión de Chaudhari. Después de saludar, le dije: “Señor Chaudhari, yo soy pobre. Su genti-

¹⁰ Título para designar al líder o jefe (cacique) de una comunidad o un grupo en un pueblo. El día de hoy, entre algunas subcastas de los *ksatriyas*, esta palabra también se usa como apellido (N. de la T.)

¹¹ Esta frase hace alusión a la práctica hindú de agacharse y tocar los pies a las personas de mayor jerarquía o dignas de respeto.

leza salvó la vida de mi esposa. Sobrevivió, si no mis hijos se hubieran quedado huérfanos. Usted me prestó cien rupias, dígame la cuenta. Poco a poco se la pagaré porque no le puedo pagar todo junto”. Chaudhari me dijo: “En un momento muy difícil te ayudé, ahora tú honestamente me has de pagar todo el dinero que me debes. Por cien rupias, los intereses son veinticinco rupias por mes. Ya pasaron cuatro meses. De intereses únicamente son veinticinco por cuatro, igual a ciento cincuenta rupias. Pero tú eres uno de los nuestros, ¡cómo voy a cobrarte tanto..., no! Deduce veinte rupias de las ciento cincuenta. Te perdono veinte rupias y sólo quedan ciento treinta. Dame ahora las ciento treinta de los intereses que me debes y, el dinero inicial, págamelo cuando te sea posible. Pero mes tras mes me sigues pagando los intereses”.

—Ahora dime, hijo, veinticinco por cuatro ¿son ciento cincuenta o no? Chaudhari es una persona decente y respetable. Me perdonó veinte rupias. En esta época ¿quién te perdona las deudas? Mira al padre de tu maestro, Shibnarayan, el Mishra grande no te perdona ni un centavo. Encima de eso nos obliga a hacer trabajos forzados, como si fuera su derecho. Trabajamos todo el día hasta que se nos rompen las rodillas. En pago nos deja con las manos vacías. Además, nos insulta como si estuviese recitando los mantras.

Sudip repitió la tabla de nuevo: “veinticinco por uno son veinticinco; veinticinco por dos son cincuenta; veinticinco por tres son setenta y cinco; veinticinco por cuatro son ciento cincuenta...”

Al día siguiente, en clase, el maestro Shibnarayan Mishra le pidió a Sudip que repitiera la tabla del veinticinco. Sudip, con entusiasmo, empezó: “veinticinco por uno son veinticinco; veinticinco por dos son cincuenta; veinticinco por tres son setenta y cinco; veinticinco por cuatro son ciento cincuenta...”

El maestro Shibnarayan Mishra lo corrigió: “veinticinco por cuatro son cien”. Tras la interrupción, Sudip se quedó callado y mirando la cara del maestro.

El maestro Shibnarayan, sentado con sus pies arriba de la silla, dio una fumada al cigarrillo y dijo:

—¡Oye! hijo de *chūhṛe* (limpia letrinas), ¿por qué no continúas? ¿Se te olvidó?

Sudip empezó de nuevo, y al llegar a veinticinco por cuatro, volvió a decir de forma natural: “veinticinco por cuatro son ciento cincuenta”.

El maestro Shibnarayan Mishra lo regañó:

—Oye, negrito. ¡Ciento cincuenta, no. Son cien!

Sudip, temeroso, explicó:

—Maestro, mi papá me dijo que veinticinco por cuatro son ciento cincuenta.

El maestro se salió de sus casillas y le dio una bofetada con todas sus fuerzas. Con los ojos desorbitados, le gritó.

—Ah!, si tu papá es un erudito tan grande, entonces ¿a qué viniste a la escuela? ¡Nada más a ... a tu madre...! (una frase a la cual la gente culta no quiere hacer referencia en la literatura). A la gente como tú no le importa cuánto esfuerzo haga uno para enseñarle a leer y a escribir... ¡Ahí se quedan, estancados! Nunca cambian, porque tienen la cabeza llena de porquería. ¿Cómo van a aprender si no llevan la cultura del estudio en su sangre? Ándale, dílo bien... veinticinco por cuatro son cien... Tan pronto empezaste a recibir unos cuantos elogios, se te subieron a la cabeza. Encima eres respondón. Te atreves a responderme.

Sudip, sollozando, dijo:

—25 por 4 son cien, veinticinco por cuatro son cien —y en una exhalación, repitió toda la tabla del veinticinco.

El incidente de ese día lo confundió muchísimo. Si el maestro estaba en lo correcto ¿por qué su padre le decía mentiras? Si su padre tenía razón, ¿por qué el maestro enseñaba mal? Papá dice que Chaudhari es un hombre respetable y no miente... Una tormenta surgió en el corazón de Sudip.

Su mente inocente de niño había quedado marcada. Con el tiempo, la marca se fue profundizando. Alguien ha dicho bien que el nudo de la mente no es fácil de deshacer. Dormido o despierto, sentado o de pie, el rompecabezas de veinticinco por cuatro acechaba a Sudip.

Esa marca de su infancia se convirtió en un complejo. Cada vez que Sudip leía o escribía el número veinticinco, venía a su mente que veinticinco por cuatro es igual a ciento cincuenta. Junto con esto recordaba la cara de su padre llena de fe y la cara enrojecida del maestro Shibnarayan Mishra. Con ambos rostros sumergidos en su memoria, Sudip empezó a perderse

en el laberinto de calles oscuras de sus recuerdos. Conforme crecía, varias preguntas empezaron a inquietar su mente, pero él no tenía respuesta para ellas.

El autobús se acercaba al pueblo. Un borde en el camino causó un enfrenón y los pasajeros se fueron hacia adelante. Mucha gente estuvo a punto de caerse. La sacudida hizo volver en sí a Sudip. Tocó su bolsillo. Su sueldo estaba íntegro.

El autobús se detuvo a la orilla del pueblo. En la supuesta “central camionera” sólo había un puesto de *pān* y *bīrī* y, apoyado en el tronco de un árbol, el puesto de Badaru, el peluquero del pueblo, con un espejo empañado sobre una mesa descolorida. Un poco más adelante del peluquero, se encontraba el boletero del pueblo y un vendedor de guayabas y plátanos. Eso era toda la estación de autobuses.

Sudip bajó del autobús y miró alrededor. No había mucho movimiento. Una que otra persona sentada aquí o allá. Empezó a caminar directamente hacia su casa, ubicada al poniente del pueblo, en una colonia de treinta o cuarenta casas.

Era casi mediodía y el sol caía a plomo. Sudip apresuró el paso. Regresaba después de un mes. Al ver las calles conocidas de toda su vida, sintió una gran emoción. Nunca, antes de este momento, se había sentido así. Lo invadía una felicidad desconocida pero muy íntima. Su pueblo, su gente, sus calles. Cruzó un drenaje repleto de lodo y dio vuelta a su colonia, sonriendo en su interior. Entre el pueblo y su barrio había un gran estanque lleno de lirios. Le gustaban esas flores de color azul. Ya podía ver algunas. Empezó a caminar a la orilla del estanque.

Su padre se encontraba en el patio tensando las cuerdas de un catre viejo. Cuando vio a Sudip, corrió a recibirlo.

—De repente... ¿qué pasó? Parece que la ciudad no te acomoda.

—No, no es eso, nada más vine —contestó Sudip en forma natural.

Sacó su sueldo del bolsillo, lo puso en las manos de su padre y tocó sus pies. Su padre no cabía en sí. Sostuvo el dinero en sus dos manos y lo llevó a la frente murmurando algunas palabras, como si fuera una bendición de Dios. Después llamó a gritos a su esposa: ¡“Mamá de (Su)Dip, ven rápido...! Ten, guarda esto... es el sueldo de tu consentido”.

Ella salió y extendió su *āmchal*¹² para recibir el dinero. Y abrazó a Sudip. Este momento fue tan maravilloso como si la casa se empapara con una lluvia de alegría.

En silencio, Sudip veía las caras felices. Todos estaban felices, él también, aunque fuera superficialmente. Porque, en su interior, un remolino de emociones pugnaba por salir.

—Síntese aquí... —le pidió Sudip a su madre y, extendiendo la mano, tomó algo del dinero de su *āmchal*. Con voz profunda agregó: —Papá, tengo que enseñarle algo.

—¿Qué, hijo?... ¿Necesitas algo? —preguntó el padre curioso.

—No, papá, no necesito nada, quiero explicarle algo.

Con una mirada confundida, el padre lo observó. La felicidad de unos momentos antes se cubrió de niebla. Surgieron dudas y temores. Empezó a inquietarse. Cuando Sudip terminó de acomodar los billetes en cuatro montones de veinticinco rupias cada uno, le dijo a su padre:

—Ahora, cuéntelo, por favor.

El padre lo miró extrañado; no entendía nada de lo que sucedía. Rendido, respondió:

—Hijo, yo ni siquiera sé contar más allá del veinte..., cuéntalo tú y dime cuánto es. Sudip, en voz baja, le dijo:

—Papá, son cuatro montones de veinticinco rupias cada uno. Vamos a contarlos juntos... Quiere decir, veinticinco por cuatro...— Hizo una pausa para observar la reacción de su padre: —Ahora vamos a ver si veinticinco por cuatro son cien, o ciento cincuenta.

El padre, sorprendido, intentó mirar la cara de Sudip, pero el rostro de Chaudhari comenzó a dar vueltas frente a sus ojos. El incidente de treinta años atrás resucitó. Aquel momento que había repetido tantas veces a la gente, su hijo lo retomaba hoy de una nueva manera.

Sudip contaba los billetes en voz alta. Cuando llegó a cien se detuvo y dijo:

—Mire, veinticinco por cuatro son cien. No ciento cincuenta.

¹² *āmchal* es el borde de una chalina o un sari. Extender el *āmchal* es un gesto de recibir una bendición y, a la vez, algo en abundancia (N. de la T.)

El papá le arrebató el dinero e intentó contarlo. Al llegar a veinte se detuvo. Sudip lo ayudó. Cuando terminó de contarlo, miró la expresión de la cara de su padre. No podía creerlo. Empezó a contar de nuevo. Se detuvo al llegar a veinte. Le daba vuelta a los billetes como si faltara dinero. Cada vez, Sudip lo ayudaba a aclarar sus dudas. Su padre no lo podía creer.

Finalmente, su padre lo aceptó. Sudip tenía razón: veinticinco por cuatro son cien. Quedaba claro qué era verdad y qué mentira.

El pasado comenzó a incendiar el corazón del padre y el fuego consumió la fe que le hacía contar el episodio de Chaudhari. De pronto, esa fe se hizo pedazos y quedó enterrada en cada poro de su cuerpo como si se tratara de añicos de vidrio. En sus ojos se reflejaba una sensación extraña. No se podía llamar de otro sino dolor profundo de ver traicionada su confianza.

Limpio las lágrimas que brotaban de sus ojos con el extremo de su *dhoti*¹³ sucio y suspiró. Le regresó el dinero a Sudip. En su cara aparecieron ruinas de dolor, las ruinas de muros que se desmoronaban. Un inmenso dolor brotó en su alma mientras quería decir: “Te vas a pudrir Chaudhari... nadie de tu linaje sobrevivirá para darte agua el día de tu muerte”.¹⁴ ❖

Se agradece la colaboración de
BERTHA RUÍZ DE LA CONCHA
en la revisión de la traducción.

¹³ El *dhoti* es una ropa tradicional hindú para los hombres. Consta de una tela que mide aproximadamente 3.50 por 1.30 m, generalmente de algodón parecido a la muse-lina o seda fina, que se enrolla en la cintura a modo de pantalones (N. de la T.)

¹⁴ La referencia a negar agua el día de la muerte hace alusión a la práctica hindú de brindar agua del río Ganges a las personas que se encuentran en su lecho de muerte. Un proceso similar a la extrema unción en el catolicismo. También se refiere al ritual hindú llamado *tarpana*, en el cual un varón del linaje o clan del muerto (hijo o algún otro pariente de sexo masculino) ofrece agua en forma de libaciones a los ancestros y al pariente muerto después de la cremación y durante el resto de los rituales funerarios. Posteriormente, se repite cada año, durante la celebración de *śrāddha-pakṣa* (quincena de la reverencia y de la ofrenda a los muertos y a los ancestros, semejante al Día de Muertos en México), para satisfacer la sed de los difuntos, mientras ellos vivan en *pitṛ-loka* (un mundo entre la Tierra y el Cielo,) esperando su ascensión al Cielo o alcanzar *mokṣa* (la liberación). (N. de la T.)